

LA ESPIRAL, ESPACIO PARA EL PENSAMIENTO Y LAS CULTURAS DEL VALLE DEL EBRO

TEXTO ORIGINAL DE LUIS ARENAS

LOS SENTIDOS

(La estética, la música y la gastronomía)

Una superficial mirada a lo que nos rodea puede llevarnos a pensar que la belleza es un suplemento ocasional a lo cotidiano; un regalo más o menos excepcional con que ocasionalmente coronamos lo útil y lo funcional que diariamente nos rodea. Algo deseable pero, en último término, prescindible. En definitiva: un lujo, no una necesidad.

Pero lo apresurado de este juicio lo pone de manifiesto mejor que nada el hecho de que no haya habido cultura conocida que no haya invertido parte de sus recursos por acercar la experiencia humana social e individual a una u otra forma de belleza. Por precaria que haya sido su relación con el entorno, por elementales que hayan sido sus recursos técnicos o sus ideales de belleza, allí donde se manifiesta la experiencia humana ha dejado testimonios de su preocupación por transformar su entorno a la búsqueda de lo que ha juzgado hermoso y agradable.

Rodearse de orden y belleza es un impulso común, un ideal al que aspiramos y, en el límite, un ingrediente inseparable de la felicidad humana. La concreción de ese ideal responde, desde luego, a opciones estéticas muy diversas y cambiantes. Pero más allá de diferencias históricas o culturales lo relevante yace en ese impulso inextinguible que nos empuja a buscar casi a cualquier precio aquello que juzgamos hermoso.

En la búsqueda de lo bello sensible perseguimos desde la satisfacción de un placer corporal básico hasta el rastro y la huella de lo divino. Los sentidos —vista, oído, gusto, etc.— son la vía de acceso del placer más primitivo pero también del más sublime: la ingesta de alimentos puede ser una necesidad termodinámica de los seres vivos pero la gastronomía torna esa necesidad en un arte delicado y sutil. El sonido del rumor del agua nos sosiega y nos relaja; pero también gracias al oído el cántico sagrado nos conmueve y nos acerca a Dios. (Alguien señaló una vez que la prueba más definitiva de que Dios existe no se la debemos a filósofos o teólogos sino a la música de Bach.)

Por eso quizá un test irrefutable de la complejidad y la riqueza de una cultura lo hallemos en cómo se administran en su seno los placeres de los sentidos. La devoción que se les profese o su grado de sofisticación y riqueza nos alertarán de la profundidad de la experiencia que esa cultura ha sido capaz de atesorar y dejar como legado.